

Jubilados de Caspueñas



Ahí tienen ustedes nuestra selección casi al completo, falta algún lesionado. Con este equipo podríamos aspirar a ganar cualquier campeonato internacional, pero somos muy humildes y preferimos jugar en casa y celebrar cada año una estupenda merienda que nos preparan con mucho acierto la Asociación de Jubilados. Lo pasamos estupendamente, contándonos las mismas cosas de siempre, aunque mejoradas con el paso del tiempo, pues aunque parezca mentira, cuando cuentas un chascarrillo no lo haces igual a los cincuenta que a los setenta, algo dentro de nuestras cabecitas cambia y la historieta la contamos cada año de forma diferente y así, nos parece otra. Lo que nadie nos puede negar, es que somos todos muy guapos y todas muy guapas (como hablan los políticos de hoy) y no se apercibe en nuestros rostros, las dificultades

que a veces tenemos que soportar los mayores “por cada alegría, diez penas...” pues, hemos aprendido a disimular las cargas que nos depara la sociedad, digamos... egoísta, que nos está tocando vivir. Para hacer frente a alguna de estas dificultades os recuerdo que una actitud positiva ante la vida nos proporciona mayor felicidad en la vejez, que el propio estado de salud. Tenemos que aprender a “hacer frente a estas cositas” para conseguir una mayoría de edad brillante. Que nadie olvide que, empezamos a envejecer en el mismo día que nacemos y que promover la felicidad de los mayores beneficia nuestra salud y de paso, la del resto de una sociedad que nos va a necesitar cada vez más.

Los árboles más viejos dan los frutos más dulces.

Adiós, amigos.

Se fueron casi a la vez. Como si lo hubieran acordado de antemano. Nuestra vecina y amiga Dionisia Gil Correa, falleció a los 89 años, el 14 de mayo de 2016 y el 26 de agosto, su esposo Gabriel Quirico Ramírez López, con 91.

Me encantaba verlos refunfuñar, sobre todo a Gabriel, aunque no podían vivir el uno sin el otro. Dionisia nació en nuestro vecino pueblo de Atanzón y Gabriel en su querido Fuencarral, cuando todavía era pueblo, pueblo y no un distrito de la capital, como lo es ahora. Se casaron en Caspueñas y lo celebraron por todo lo alto en el molino de Trijueque (segundo molino) donde vivía, por aquel entonces, la familia de ella. Gabriel trabajó durante muchos años en Sato, una empresa constructora, lo que le obligaba a pasar largas temporadas fuera de Madrid; en una ocasión tuve la oportunidad de conocer la casa en donde vivió con su familia, hace muchos años, en el mismo puerto de Santander, donde le trasladaron con motivo de la ampliación del malecón.

Hace unos días, paseando por la vega, observé que al pie de un manzano continuaba solitaria la silla que su hijo le



coloco en su huerto para que descansara a la sombra junto a su fiel Oto y me vino a la memoria que, a Gabriel le encantaba nuestro pueblo, la caza, los huertos y sentarse en su terraza para vernos pasar, para todos tenía una broma o un chascarrillo, hoy tristemente esa terraza permanece solitaria y muda. Descansen en paz.